
Crítica bibliográfica sobre las obras del licenciado Carlos Luis Fallas, **El movimiento obrero en Costa Rica, 1830-1902** y del licenciado Vladimir de la Cruz, **Las luchas sociales en Costa Rica**. Comprende un análisis comparativo sobre lo que representan ambas obras en el marco de la evolución experimentada por la historiografía nacional a partir de la década del setenta.

A partir de la década de los años setenta es perceptible en nuestro país un cambio importante en la forma de escribir y concebir la historia, entendida ésta como objeto de estudio desde el punto de vista de su evolución y conversión en ciencia social. Como lo señala Pierre Vilar, el término "historia designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de este conocimiento" ¹. A dicho cambio contribuye en gran medida la llegada al país de importantes historiadores que asumen el papel de agentes transmisores de las nuevas corrientes historiográficas que ya se encontraban propaladas en buena parte de Europa y Estados Unidos desde principios de siglo. Resultado inmediato de esa valiosa y novedosa influencia fue la preocupación por impulsar la revisión del perfil profesional del tipo de historiador que tradicionalmente se venía formando en la Escuela de Historia y Geografía de la Universidad de Costa Rica y, a partir de 1973, en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional. En igual medida, no debe tampoco pasar desapercibido el hecho de que ello constituyó un estímulo importante a las nuevas generaciones de historiadores que se encontraban en proceso de formación. Muchos escogieron el camino de la capacitación y la especialización en el ex-

terior como vía que les permitiera entrar en contacto con esas nuevas corrientes. Entre el abanico de alternativas posibles, Francia y Estados Unidos se convirtieron en los focos de mayor atención, aunque es necesario mencionar la inclinación que se ha dado en los últimos años hacia centros que ofrecen opciones académicas diferentes a las ya mencionadas. El efecto de este proceso está por ser analizado a la luz de los logros concretos que se puedan presentar como resultado del mismo.

Si bien está por discutirse la existencia o no de una “nueva generación de historiadores” en Costa Rica, es innegable que a partir de los años setenta se ha producido una serie de cambios importantes que marcan el inicio de una etapa nueva y cualitativamente distinta para la ciencia histórica. Algunos autores, y más específicamente los historiadores *Ciro Cardoso* y *Héctor Pérez*², han insistido en ver ese proceso como el resultado de un enfrentamiento entre dos enfoques historiográficos diametralmente opuestos pero reducido a cuestiones muy particulares y casi exclusivamente temáticas. Por un lado, el enfoque tradicional positivista heredado del siglo XIX, interesado en el ordenamiento lineal —causas y consecuencias— de diferentes hechos obtenidos a partir de fuentes primarias pero, por sobre todo, preocupado casi estrictamente por los temas de tipo militar, político, religioso y diplomático. La historia es concebida como la obra de individuos, no de las masas; los estudios relacionados con aspectos económicos o sociales estaban virtualmente al margen de sus aspiraciones academicistas y enciclopedistas. Por otro lado, las nuevas corrientes que anuncian el advenimiento de la historia convertida en una verdadera ciencia social, agrupada en diferentes “escuelas”, sectorializada, pero fundamentalmente preocupada por el estudio de cuestiones económicas, sociales, o del poder político en contraposición a los temas que predominaban en la etapa anterior. Es curioso que el análisis del tránsito de esa “vieja” a la “nueva” concepción haya descuidado la importancia que tiene en ese proceso la renovación metodológica y la incorporación del problema teórico como eje fundamental de esa transformación.

A nuestro juicio, dicho proceso de cambio, que se da a partir del setenta, encierra un conjunto de elementos que caracteriza las etapas, pero que al mismo tiempo diferencia a una de la otra. Esos elementos agrupados nos permiten afirmar que se han dado modificaciones de forma, de apariencia, exclusivamente temáticas, y otras de fondo, que se refieren sustancialmente a los cambios teóricos y metodológicos incorporados. Aceptar que se ha entrado en una etapa diferente en Costa Rica en el campo de la historia, por el hecho de que se ha producido una sustitución o desplazamiento en el énfasis temático de las investigaciones, es reconocer como válido que la historia sólo ha experimentado cambios formales, que sigue siendo una simple

actividad académica pero no científica. El que se pueda hablar de una nueva historia en Costa Rica es válido sólo en el caso que aceptemos que es la renovación metodológica y teórica lo que puede explicar y fundamentar la existencia de una nueva concepción histórica. En caso contrario, debería aceptarse, en consecuencia, que la historia en nuestro país no ha derivado en ciencia sino en un simple o complicado, según el punto de vista desde el que se aborde, ejercicio intelectual.

Es innegable, sin embargo, que en los últimos años se ha venido produciendo en Costa Rica una cierta apertura de algunas editoriales, que ha posibilitado la publicación de investigaciones de autores que tratan temas o problemas que tenían hasta hace poco tiempo muy escasa o ninguna posibilidad de divulgación. El resultado inmediato ha sido la cantidad nada despreciable de obras históricas que se han publicado como forma de expresión de una nueva generación de historiadores costarricenses, que comienzan a difundir el resultado de su trabajo académico a partir de perspectivas que pretenden ser novedosas e innovadoras en nuestro medio; esto último en relación con la forma en que tradicionalmente se venía enfocando y escribiendo la historia de nuestro país.

*En esta oportunidad quisiéramos hacer una breve referencia a dos obras publicadas recientemente que tienen un objeto de estudio común: la historia del movimiento obrero de Costa Rica. Una de ellas es la tesis para optar al grado de licenciatura en Historia, presentada por el licenciado Vladimir de la Cruz y publicada en 1980 por la Editorial Costa Rica y la Editorial de la Universidad de Costa Rica bajo el título de **Las luchas sociales en Costa Rica. 1870-1930**³, esta obra fue galardonada posteriormente con el Premio Nacional de Historia. La otra es el libro del licenciado Carlos Luis Fallas Monge, **El movimiento obrero en Costa Rica. 1830-1902**, publicado en 1983 por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia⁴.*

El libro del licenciado Vladimir de la Cruz se compone de dos partes, divididas en diez capítulos que corresponden a determinadas divisiones cronológicas, en las que se tratan aspectos que van desde la aparición de las primeras organizaciones obreras (1870-1900) hasta la fundación del Partido Comunista y las consecuencias que trae consigo la crisis económica mundial de los años treinta sobre el desarrollo del movimiento obrero costarricense. La obra contiene un detallado análisis de los movimientos huelguísticos que se produjeron durante el período en estudio, la aparición de una conciencia antiimperialista en sus diferentes manifestaciones, el surgimiento de la llamada "prensa social", la influencia de las ideas socialistas en esos primeros movimientos, el desarrollo de las organizaciones obreras y populares, la solidari-

dad internacional, los movimientos nacionalistas y algunas referencias a figuras consideradas destacadas en el desarrollo del incipiente movimiento obrero y popular de Costa Rica.

En lo fundamental, el trabajo pretende demostrar el origen decimonónico de las primeras organizaciones obreras, su influencia en la lucha de clases, su vinculación con la formación de una conciencia social, nacional, patriótica, antiimperialista, socialista y su relación con el surgimiento del Partido Comunista de Costa Rica. La investigación y la bibliografía anotada reflejan el manejo de un número importante de obras que han tratado marginalmente el tema en cuestión, sin embargo, es indiscutible que las fuentes primarias y, más específicamente, los periódicos y algunos folletos y hojas sueltas de la época, constituyeron las fuentes de información básica sobre las que se sustenta la investigación.

Por su parte, el trabajo del licenciado Carlos Luis Fallas es una obra compuesta por ocho capítulos y una introducción, en la que se hace una referencia al contexto social, económico y político de las primeras organizaciones obreras de Europa y de América Latina. El estudio comprende una visión general de la Costa Rica del siglo XIX, un análisis de las primeras corporaciones gremiales, de las primeras sociedades mutualistas de artesanos, referencias a algunos conflictos obrero-patronales, la participación de los obreros en algunos acontecimientos de la vida política nacional, un capítulo dedicado a las leyes y decretos de carácter laboral que se emitieron durante el período. Por último, dedica un espacio para destacar a algunos personajes a los que se les reconoce un aporte positivo en el desarrollo del movimiento obrero costarricense durante esa etapa de nuestra historia. No hace explícita la intencionalidad o dirección hipotética de la investigación, pero puede inferirse el interés básico de demostrar que las primeras muestras de un movimiento obrero costarricense se remontan a una época del siglo XIX más temprana de lo que se ha creído tradicionalmente y a destacar que se trata de un proceso evolutivo, que se inicia con organizaciones de tipo gremial y mutualista, que servirán de base al surgimiento de las primeras agrupaciones propiamente sindicales. En la obra se cita la utilización de una cierta cantidad de fuentes secundarias, pero como en el caso anterior, la investigación se articula especialmente en torno a fuentes periodísticas de la época.

Ambas obras tienen el significativo mérito de contribuir en ampliar la brecha editorial que permita la divulgación de investigaciones de historiadores que pretenden aportar una visión diferente de la forma tradicional en que se ha escrito la historia de Costa Rica. Como estudios pioneros, constituyen aportes de enorme valor en el esclarecimiento histórico de uno de los

aspectos menos estudiados por la historiografía tradicional costarricense, como lo es el del origen y desarrollo del movimiento obrero. Tienen en común no sólo el objeto de estudio sino también el hecho de que se encuentran fundamentadas casi exclusivamente en fuentes de carácter periodístico. Les cabe a ambas el mérito de haber aportado un gran volumen de información primaria sobre un tema que carecía de ella. Esto permitirá intentar esfuerzos de sistematización o interpretación, que derivarán en un notable impulso a nuevos estudios relacionados con este campo. En otro sentido, reivindican el principio de la importancia que adquiere este tipo de investigación orientada a ofrecer información primaria, por las nuevas posibilidades que plantea inclusive para otros científicos sociales no historiadores.

Los estudios de Carlos L. Fallas y Vladimir de la Cruz caben, sin embargo, dentro del tipo de investigación que sólo determina un cambio de forma en la historiografía nacional y no el paso a una historia verdaderamente científica. Los puntos de coincidencia entre uno y otro son mayores que las divergencias. Una lectura cuidadosa demuestra que no se contradicen de manera alguna en su objeto de estudio, las fuentes básicas de información consultadas y hasta en algunos de los objetivos explícitos e implícitos que se propusieron los dos investigadores. Aun más, si por método⁵ se entiende la simplista definición del diccionario como el procedimiento de decir o hacer con orden una cosa, podría concluirse que estas obras no constituyen opciones metodológicas alternativas. El método o procedimiento utilizado aparenta ser el mismo: definición y precisión del objeto de estudio, localización de fuentes primarias, recolección de la información, ordenamiento y exposición lógica, temática y cronológica de los resultados.

Extraña, sin embargo, que en los dos estudios se encuentre totalmente ausente la preocupación por las cuestiones teóricas. Ni en el trabajo de Fallas ni en el de De la Cruz existe una explicitación de la perspectiva teórica desde la que se aborda el estudio del movimiento obrero y mucho menos una clarificación del uso de "conceptos" y "categorías" específicas que se manejaron inconscientemente a lo largo de sus trabajos. Por el formato de la publicación y por no contener una introducción propiamente dicha, el licenciado Carlos L. Fallas no hace referencia alguna sobre el particular. Por su parte, y en relación con este aspecto, el licenciado Vladimir de la Cruz sólo se limita a señalar que el "trabajo no contempla cuestiones de orden doctrinario o teórico sobre las luchas sociales o la lucha de clases en el país, más que de manera accidental, pero sí procura recoger los principales rasgos de estos problemas, ubicándolos en la situación y en la dimensión en que se dieron"⁶.

Esta ausencia de alguna manera les resta objetividad y científicidad, en la medida en que, ante la ausencia de un riguroso aparato teórico, prevalece como elemento diferenciador la perspectiva ideológica sustentada por los autores, que es la misma desde la que se abordan los problemas: se destaca o se le resta importancia a ciertos acontecimientos, se catalogan como obreros o antiobreros a ciertos personajes. Las posiciones ideológicas —que desde luego no estamos combatiendo— no deben confundirse con las definiciones teóricas que debe poseer todo trabajo que se precie de científico. Resulta evidente, por la valoración que hacen de algunos hechos y personajes, que los autores se encuentran en posiciones ideológicas antagónicas, pero compartiendo el hecho de que los asuntos teóricos se encuentran ausentes en sus respectivos trabajos. No obstante, esto nos demuestra también que la historia ha tenido siempre una función social “aunque haya tendido a enmascararla, presentándose con la apariencia de una narración objetiva de acontecimientos concretos”⁷.

Obras como las comentadas, son necesarias y quizás podrían ser consideradas como parte del proceso de transición de una “vieja” a una “nueva” concepción de la ciencia histórica en nuestro país. Los enormes esfuerzos que se realizan en la ardua y minuciosa tarea de recolección de información primaria, deben dar pie a un esfuerzo por teorizar sobre problemas como estos. De ocurrir lo contrario, estaríamos prolongando la etapa “artesanal” de esta disciplina y retrasaríamos su consolidación como ciencia. Bien lo ha señalado Vilar cuando afirma que el “objetivo de la historia no es hacer revivir el pasado sino comprenderlo. Para esto hay que desconfiar de los documentos brutos, de las supuestas apariencias vividas, de los juicios probables y relativos. Para hacer un trabajo de historiador no basta con hacer revivir una realidad política, sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico”⁸.

En otras palabras, se trata de insistir, como ya lo han hecho infinidad de autores, que no existe ciencia histórica sin teoría.

¿Obreros de la historia o historia de los obreros?

NOTAS

1. Pierre Vilar. **Iniciación al vocabulario del análisis histórico**. Editorial Crítica. Barcelona. 1980. P. 17.
2. Ciro Cardoso y Héctor Pérez. **Los métodos de la historia**. San José. 1975.
3. Vladimir de la Cruz. **Las luchas sociales en Costa Rica. 1870-1930**. Coedición: Editorial Costa Rica-Editorial Universidad de Costa Rica. San José. 1980. 304 pp.
4. Carlos Luis Fallas Monge. **El movimiento obrero en Costa Rica. 1830-1902**. Editorial Universidad Estatal a Distancia. San José. 1983. 438 pp.
5. Definición que al parecer es la aceptada tácitamente por ambos autores en sus respectivos trabajos, dado que no existe una clara explicitación en este sentido.
6. De la Cruz. **Op. cit.** P. 17.
7. Josep Fontana. **Historia. Análisis del pasado y proyecto social**. Editorial Crítica. Barcelona. 1982. P. 15.
8. Vilar. **Op. cit.** P. 22.